

## Cada día se muere una cosa

*(Primer Premio en el XII Concurso de Cuentos, celebrado por la librería «La Farándula», julio 2001.)*

Hoy hace exactamente quince años que sucedió todo. Este es el momento. Utilizando sus mismas palabras: «La burbuja explota y el aire del interior debe salir, impregnándolo todo». Hoy es el día. Ha llegado el momento de dar a conocer la historia, su historia, la verdad.

Se llamaba Beltrán, pero ese no es su verdadero nombre, por supuesto. No podría dar su verdadero nombre, aunque lo deseara; pero lo cierto es que ni siquiera yo lo sé y creo que tampoco nadie debiera saberlo. Así que digamos que se llama Beltrán y que tiene unos cuarenta años en el momento de comenzar todo. No conocemos ningún trabajo que haya realizado en su vida, pero podríamos decir que es profesor. ¿De qué? No importa. Digamos también, para formarnos una idea en nuestra mente, que Beltrán es alto y fornido y que tiene la espalda ancha. Digamos que su pelo es castaño claro y que sus ojos son azules; y digamos también que esconde esos ojos, pequeños y cálidos, detrás de la mirada de unas gafas de montura dorada. Dicho esto, comencemos.

Decía que hoy hace exactamente quince años. ¿De qué?, se preguntarán ustedes. Hoy hace quince años que Beltrán salió de la cárcel, aunque los motivos por los cuales estuvo allí no importan. Por lo menos, no ahora. Quizá la historia tome otros cauces y sea necesario decirlo, pero de momento no. Beltrán salió de la cárcel tal día como hoy, pero hace quince años. El año fue en 1985 y la ciudad es una cualquiera entre todas las de España. A mediados de ese otoño de 1985, un otoño fresco, alfombrado por las hojas crujientes de los árboles. Este es el ambiente. Ahora supongamos que es la voz o la palabra de Beltrán la que nos habla. Con él les dejo. Esta es la historia.

*Cuando salí de la prisión estaba a punto de anochecer. El sol ya se había escondido tras las montañas, más allá del horizonte, y una luna redonda y blanca, rodeada de estrellas, brillaba ya en lo alto. El cielo era de un color anaranjado y azul, todo a la vez, como si un extraño pintor mezclara varios colores al mismo tiempo en su paleta de*

sueños. Toda esa belleza, vertida en mi alma de pena y angustia, me hizo temblar de emoción. No puedo decir que llorara, porque lo cierto es que en la cárcel se me olvidó llorar. Quién sabe por qué. Tal vez porque cuando lloramos lo hacemos para alguien, pero sin nadie alrededor es una bobada llorar. Pasas tanto tiempo solo que no puedes llorar. Lo cierto es que no puedes hacer nada en la cárcel. Solamente leer. Leer y pensar. Y cuanto más lees más quieres pensar. La cárcel es para los inteligentes como la televisión para los ignorantes. Aunque yo tal vez sea inteligente. Entonces la cárcel sería para mí y yo no debería haber llorado aquel día. Tal vez. Un apunte de mis años de cárcel que hoy suspiran: Las personas son como paredes. Como paredes a las que golpeas y pintas. Una visión de hoy: Miles y miles de personas sentadas ante la caja tonta (¿o tal vez caja atontadora?), mirando partidos de fútbol, viendo cómo se pelean dos tipos que no conocen. Las personas vamos muriendo. ¿Pero quién morirá primero?

Cuando me dijeron que tenía una casa, que el Estado me había proporcionado una a las afueras de la ciudad, cerca de la Biblioteca, me puse realmente contento, si es que la gente puede ponerse contenta o si es que la gente puede llegar a expresar y sentir algún sentimiento. Un piso, el tercer piso de un bloque de seis. Me parecía estupendo. Así que durante el camino desde la cárcel hasta mi nueva vivienda (unos dos kilómetros, he calculado) me puse a pensar en cómo sería mi nueva casa. No debería ser muy grande, por supuesto. Era ex convicto y los ex convictos no tienen casas grandes. Si no eres pobre, hacen que lo seas. Y si lo eres, entonces dejan que te pudras. ¿Quiénes lo hacen? No lo sé. Quizá ellos. Ellos, los que ganan dinero en este país, los que miran cómo se corta el pastel y cogen los trozos más grandes, los que a la hora de los tiros están detrás de los muros de hierro. Ellos. Pero ellos no existen. Son manipulaciones de mi mente. Existo yo. Y existe mi vida que nunca existió.

Manipulaciones de mi mente. Una frase que aprendí en la cárcel. Todos los presos decían lo mismo. Como amas de casa quejándose a través de las persianas, hablando con sus vecinas sin verse, criticando el precio de la berenjena, criticando a sus maridos. Así ellos, los presos, mis compañeros, mis ex compañeros. Cotillas que iban y volvían de la enfermería. ¿Qué te han hecho? Me han manipulado la mente. Personas que se volvían locas en la cárcel. Yo antes era listo, decían, pero mira ahora. Destinados a una muerte rápida, sin sufrimiento. La mutilación mental de los presos condenados a largas penas.

*Seiscientos años. Morirse en la cárcel. Ver cómo se muere la gente en tus manos y tú no puedes hacer nada. He soñado que era Dios. Luego me he despertado. Creo que me había orinado encima, pero me ha dado miedo mirar.*

*Salí de la cárcel sin nada. Con lo puesto y una mochila llena de ropa y algo de dinero. Lo primero que me compré fue este cuaderno de tapas negras donde ahora escribo, sentado en el escritorio de mi nueva casa (tenía razón, el piso era pequeño, ja ja ja). Un cuaderno que parece usado, pues muchas páginas están arrugadas o incluso rotas. Parece que en cualquier momento, cuando gire una hoja, me voy a encontrar con letras escritas, garabatos de alguien que ya ha utilizado este cuaderno. No importa. Mientras queden hojas en el cuaderno, mi cabeza flotará entre las ideas que dejaré plasmadas en este montón de papeles cuadriculados. Pero todo eso mientras queden hojas en el cuaderno pequeño de tapas negras...*

*Es curioso el color negro. Un color que parece fluir en la noche de estrellas. Si me fijo bien, la mayoría de las cosas que me rodea son negras. Es más, todos los colores juntos son el negro. El blanco es la ausencia de color. Pero todo tiene un color. Incluso lo blanco, porque lo blanco ya es un color. Negro. El color negro. Hay personas negras. Y uva negra. Y paredes negras. Hay pianos y clarinetes negros. Y bolígrafos negros. Y toros negros. Hay el negro de lo sucio y hay el negro de mis vaqueros. Negro rodeándome. Soy preso de un color que ni siquiera entiendo. Como todos. Presos de personas a las que ni siquiera hemos visto.*

*Anteayer fui en metro hasta la cárcel. Estuve media hora de pie, en medio del campo, en frente de la puerta, mirando. Me imaginaba cuando estaba dentro. Ahora estaría jugando al fútbol con mis compañeros. Partidos de mierda con pelotas de plástico que los guardianes robarían a los niños. La gente no tiene corazón. Cada palabra nos roba un poco de corazón. Morir en silencio. Morir gritando. De vuelta a mi casa, en el metro, dos mujeres discutían sobre la telenovela del día anterior. Ganas de vomitar encima de ellas. Lo siento, se me ha escapado, perdonen. Réírme interiormente. Cuando crees que eres superior. Cuando verdaderamente lo eres. A Sócrates lo mataron por ser tan inteligente. A mí un día me reconocerán. Escrito está.*

*Han pasado diez días. Diez días en los que no he hecho absolutamente nada. Simplemente ir y venir de la Biblioteca y del supermercado. Leer y Comer. Como si*

*ambos verbos saciaran mi sed de angustia y de pena. Comer y Leer. Y tal vez Dormir. No importa. Ahora no. Todo lo que importa se ha esfumado. Recuerdo mi infancia. Recuerdo que jugaba al baloncesto en la liga del colegio. Ganamos aquel año. Metí la canasta decisiva. Tiros libres. Dos. Íbamos empate a veintitrés puntos. Tiré uno y lo fallé. Alguien del otro equipo me insultó. Tiré el segundo y encesté. La gloria del ganador. Cuando ganas te sientes bien por ti y te sientes bien por el perdedor, puesto que si te sintieras mal por ti es que habrías perdido. Así somos los hombres. Queremos ganar, humillar al contrario. Recuerdo también una chica. No sé su nombre. Era guapa. Fuimos novios. Luego no. No sé bien lo que pasó. Nunca me ha gustado salir con chicas. Demasiadas complicaciones. Me gusta vivir la vida a solas. Reconozco que a veces hablo solo. Y discuto conmigo mismo. Otro recuerdo: mi padre pegándose cuando llegaba de trabajar. Era hijo único y tenía que descargar con alguien. Me pegaba y yo lo miraba con los ojos abiertos. Llegaba y me pegaba sin más. Luego, también sin más, dejó de pegarme. Dios oyó mis plegarias.*

*Acerca de la Biblioteca. Es agobiante. Todas las personas calladas, leyendo o estudiando. Por todas partes carteles de Se Ruega Silencio. Las personas necesitamos hablar y hacen un sitio para no hablar. ¿Por qué no hacen un sitio donde la gente se pueda insultar, pueda gritar, etc.? Paso por delante de libros que ya he leído y eso me recuerda mi estancia en la cárcel. De nuevo náuseas. Ardor en el estómago, luego en la garganta, luego arcadas. Hoy ha sido la segunda vez que he vomitado en la Biblioteca, en la sala de ciencia-ficción. Si continúo así me van a retirar el carné que me hice hace unos días. Aunque la verdad es que no sé por qué me pongo tan mal al pensar en la cárcel. Al principio, cuando entré, recordaba los hechos, pero ahora no recuerdo nada. No sé por qué he estado en prisión. Simplemente estuve. Y si alguna vez recuerdo los hechos no pienso escribirlo en este cuaderno. Además, este cuaderno es mío y únicamente lo leo yo. No sirve de nada poner cosas que ya sé. O tal vez sí. Ja ja ja. Ya ni siquiera me reconozco al verme en un espejo o al escuchar mi propia voz. Paso por los escaparates y me veo reflejado. A veces pienso que podría ser otra persona, no yo, como si me hubieran cambiado la cara. Es como si no fuera la persona que era antes. Es como si yo fuera un ser extraño dentro del ser extraño que ya soy. Un sueño de infancia: llegar a la Luna. Como aquellos astronautas americanos. Dar botes por la superficie lunar. Soy Dios y allí está la Tierra. A veces soy Dios y miro*

*por la ventana. Pienso: Yo soy Dios y ahí están mis súbditos. Pienso que puedo levantar un dedo y hacer que todos se mueran o que estalle una guerra nuclear o que alguna mujer se enamore de mí. Creo que puedo hacerlo y eso me martiriza cuando no lo consigo. Me voy a comer. Estoy hambriento desde esta mañana.*

*El viernes pasado me ocurrió una cosa memorable en la Biblioteca. Encontré un libro que no había leído en mi vida, un libro que desconocía por completo. Quizá no debería escribirlo aquí, pero es que me resulta realmente impresionante y como no tengo amigos ni familiares a los que alegrar con mis alegrías y entristecer con mis penas... Un libro desconocido, y tampoco es que yo haya leído todos los libros del mundo. Se titula Cada día se muere una cosa y es de un tal M.L. Jamás he oído hablar de ese autor, así que más impresión. Es un libro pequeño y estaba medio escondido en la estantería más baja de los libros dedicados a la Filosofía, entre un volumen en idioma original de la Crítica de la Razón Pura, de Kant, y la Metafísica de Aristóteles. Escondido, parecía vagar entre ensoñaciones cuando lo cogí, como si desde un principio, antes de ser escrito, hubiera estado allí, esperando a ser cogido. La primera página era una dedicatoria: «A quien siempre ha estado a mi lado, en los tiempos peores y en los tiempos mejores.» Me puse a pensar en la persona a la que estaba dirigido aquel extraño libro, pequeño, que podía caber perfectamente dentro del bolsillo de mi camisa. El libro comenzaba de esta manera: «Me gustaría empezar hablando de la condición del Hombre. El Hombre es, por naturaleza, un ser agobiante, rudo, terco. El Hombre posee el don de destruir, de destrozar, de romper, no solo vidas sino la propia Naturaleza. Por lo tanto, cualquier hombre o mujer en esas condiciones, debe morir.» De primeras, me asustó el libro. Un libro filosófico, por supuesto. Yo no estoy de acuerdo con el pensamiento de ese tal M.L., pero como no viene ninguna aclaración de su autor y no parece tener editorial, me toca aguantarme y leer. Además, yo no he escrito el libro. Pero, tal vez, en las condiciones en las que estoy, después de todo, sí haya escrito aquel libro. No sé. No importa. O tal vez sí. No. No ahora. Ahora no. Además, el hombre no debe morir. El hombre tiene que morir. Es el destino de todos nosotros. Cerrar los ojos y morir. A veces temo que cuando me duerma jamás despierte.*

*Así debe de ser la muerte. Como un sueño del que nunca te despiertas. Dejas caer los párpados y ya estás en otra parte. De la muerte no quiero hablar. Aniquilación del*

*alma. Aniquilar y asesinar. Matar. Jugar a ser Dios. Ser inmortal. No morir. De pequeño mataba gatos y ratones.*

*Acabo de volver de la compra y he encontrado el cuaderno dentro de la bañera, en el lugar dispuesto a los jabones y esponjas. Ahora no sé por qué está ahí. Me he puesto a releer lo que he escrito desde el principio, desde la primera hasta la última de las treinta y nueve páginas que llevo escritas. Iba a cambiar algunas cosas, pero al final he rehusado hacerlo. Quizá deba decir que aquella misma mañana, la mañana en la que encontré el libro aquel, Cada día se muere una cosa, fui a la bibliotecaria para poder sacarlo y me dijo que el libro no estaba inscrito en esa biblioteca y que el nombre de M.L. le era completamente extraño, así que pagué el doble del precio que figuraba sobreimpreso en la contraportada y me lo llevé. Ahora está encima de la mesa, en el escritorio donde siempre escribo, de cara a la ciudad y sus calles, sin más visión que el edificio de enfrente, como si se tratara de un vigilante que cumple una misión suicida que prefiere no recordar. Pasar páginas. Pasar páginas como pasan los días o como pasan los coches ante mi ventana, allá abajo, en la calle.*

*No tengo televisión. He aprendido a vivir sin ella. Antes de la cárcel no podía. Llegaba a casa y ponía la tele. Lo que fuera. Documentales. Partidos de hockey hierba en diferido. Películas en versión original subtitulada. Programación basura. Gente que se insulta por unas fotos en la prensa del corazón. Ahora no. Cada vez que paso por algún bar y veo una televisión me dan ganas de vomitar. Gente que mira la televisión sin escucharla. Televisores a bajo volumen o sin volumen. Necesito huir de la televisión. Huir de la vida. En la cárcel, veía partidos de fútbol. Pero sobre todo, leía. Veo a niños ante escaparates, con los ojos abiertos ante una nueva pantalla de televisión gigante, extraplana. A veces me dan ganas de decirles que se vayan a la Biblioteca y saquen un libro. El poder de la imagen. Una imagen vale más que mil palabras. Pero una palabra duele más que mil imágenes. Sinestesia: sentir algo en una parte del cuerpo después de un estímulo aplicado a otra. Ver a un muerto y que te duela el corazón.*

*He vuelto de la calle. Iba con el libro en las manos, Cada día se muere una cosa, y, cuando he pasado por un parque, me he sentado en un banco a leer. De repente, una voz dijo:*

*—¿Qué lee?*

—Un libro —he dicho sin apartar la mirada de mi libro.

—Ya. ¿Y cómo se titula?

—Cada día se muere una cosa.

—Ah... ¿Le gusta?

*Miré al hombre que me hablaba. Vestía completamente de negro y llevaba puestas unas gafas de sol negras. Era como ver a la misma Muerte, pero también yo me veía reflejado en los cristales de sus gafas, como supongo se veía él en los cristales de mis gafas. Pero todo eso que digo ahora son chorradas, porque lo cierto es que yo no he pensado nada en ese momento y lo cierto es que, ahora, después de todo eso, no recuerdo si aquel hombre fue real o no.*

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Yo soy Martín López.

*Y como si se tratara de un sueño lo recordé todo de repente. Recordé por qué había estado en la cárcel y me quedé parado, petrificado en aquel banco verde de madera, con las manos, que aún sostenían el libro, rígidas.*

—No puede ser —murmuré.

—¿Por qué?

—Porque Martín López no existe.

—¿Y yo quién soy? Yo soy Martín López.

—No puede ser. Martín López está muerto. Murió antes de que naciera su propio cuerpo, por lo que no pudo existir nunca.

—¿Y por qué dice eso?

—Porque Martín López es una invención mía.

—Pues yo soy tu Martín López.

—Usted es el otro Martín López.

—No —dijo él—. Yo soy el Martín López que te llevó a la cárcel.

*Y luego caí al suelo.*

*Cuando desperté era media tarde y estaba completamente solo. El libro que llevaba en las manos había desaparecido y yo recordaba pocas cosas. Al levantarme sentí náuseas y vomité. Martín López. Ese nombre martilleaba mi cabeza por todas partes. Y lo recordé todo de nuevo. Su mirada fría. Pensaba que podía callar todo esto, pero al final la burbuja*

*explota y el aire del interior debe salir, impregnándolo todo. Aquel detective estúpido que debía seguirme por todos los rincones de la ciudad. Aquella esposa que tuve alguna vez. Aquella celosa esposa que contrató al detective para que me siguiera. Pero yo le seguía a él, por supuesto. Yo soy más listo. Yo soy más listo que el más listo de todos. Tan listo como el que más. Tenía las manos manchadas de vómitos y la cabeza me daba vueltas. Martín López había muerto, desde luego. Yo mismo lo maté cuando me cansé de que me siguiera. Le seguí, lo cogí y lo maté. Lentamente, como se mueren las personas desde su nacimiento. Sufrió, sí; pero porque él quiso. Soy Dios y yo digo quién muere y quién no. Por eso me llevaron a la cárcel. Ellos, los que decían que yo estaba loco. Ellos decían: el hombre aquel está loco; morirá pronto. Pero ni siquiera ellos han podido conmigo. Ahora debo encontrar ese libro como sea y a ese que dice llamarse Martín López. En el libro está la clave. Cada día se muere una cosa. Y en su autor. M.L. Y quizá hoy me esté muriendo yo... Y quizá ya esté muerto desde que nací. Todos moriremos, sí. ¿Pero quién morirá primero? ¿Él o yo?*

*Hoy he mirado de nuevo en los bolsillos de la gabardina, intentando encontrar alguna moneda para comprar algo de pan o de cerveza, y he encontrado el cuaderno. Casi no me acordaba de él. Lo tenía olvidado. Nada más sacarlo, me he sentado en el suelo, en el lugar donde todos los días pido algunas monedas sueltas y me he puesto a leer lo que escribí hace ya varios meses, quizá cinco o seis. Quizá más. Ahora todo esto que escribo no importa. Ya no.*

*Me he puesto a llorar. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Ahora ya no importa nada. Nada de nada. Ja ja ja. Bua bua bua. Ni mi risa ni mi llanto parecen risa y llanto sobre el papel. Nada parece ser lo que fue al principio de ser lo que era desde el principio.*

*Vagar por las calles por las que antes vagaba. Caminar como un alma perdida que vaga en el Infierno, entre llamas. A mi lado la gente cae y muere. A veces yo también quiero matar. Sentirme Dios. Tú vives. Tú mueres. Como un Dios encerrado en sí mismo, sentado en su altar, lanzando rayos y penas a todo el universo. No tengo lágrimas suficientes para las ganas de llorar que tengo. Aquel edificio sigue en pie. Donde antes vivía, desde donde escribía esas primeras páginas del cuaderno. He suspirado. Una mujer me mira inquieta. Quiere saber si la mataré antes de cruzar la calle o después. La desconfianza de las ciudades cuando termina el día. Se esconde el Sol. Ahora no eres una per-*



*sona. Eres un peligro que acecha. Los vagabundos no podemos vagar por las calles. Mi edificio. No me ha sorprendido que la puerta de la calle estuviera abierta. Ahora está abandonado y nadie vive ahí. He subido a la terraza. Seis pisos. Abajo la calle. Encima yo. En el medio Martín López. Tú ganas. Jaque mate. Me toca morir a mí, pero un día tú tendrás que morir y nos veremos las caras. A quien siempre ha estado a mi lado, en los tiempos peores y en los tiempos mejores.*

Así acaba el cuaderno de tapas negras de Beltrán. Y parece ser que esa última frase, que colma la última hoja, resume su vida. Después de escribir la cita de aquel libro, *Cada día se muere una cosa*, de ese tal M.L., Beltrán se lanzó al vacío a las ocho horas y veintitrés minutos. Murió antes de caer al suelo. Su pobre y loco corazón se paró alrededor del tercer piso, donde él vivió, y desde donde él espiaba la vida. Su última casa. Su definitivo epígrafe. Beltrán, enfrascado en la búsqueda de aquel hombre y de aquel libro, perdió el resto de su vida, investigando por todos los lugares, confiado de que algún día él encontraría a su presa, al igual que algún día su presa lo encontró a él. Pero el cazador cazado no se volvió a repetir, y Beltrán jamás encontró a aquel hombre llamado Martín López, jamás encontró aquel libro tan extraño.

No sabemos el tiempo que transcurrió desde que comenzó a buscar a su presa hasta el día de su muerte. Todo lo que sabemos está escrito en ese cuaderno que ahora han leído. Lo demás es pura farsa. Somos, como él, simples espectadores de una comedia absurda que es la vida misma. Beltrán ha muerto. Con él su memoria. La memoria, también, de Martín López.

Busqué en los archivos de la policía y en los del colegio de detectives y no tienen a ningún Martín López y nunca lo han tenido. Todo parece ser tan irreal ahora, tras quince años... Tal vez Beltrán utilizara también un seudónimo para nombrar aquel detective, o tal vez no. O tal vez Martín López sea una invención, como en un momento dado se puede leer en el cuaderno. O tal vez aquel extraño libro, *Cada día se muere una cosa*, no existiera jamás, o sí, y su autor fuera el propio Martín López o el propio Beltrán. Lo cierto es que, hoy en día, todavía sigo buscando aquel extraño hombre que se decía llamar Martín López, como también busco aquel libro que jamás existió, intentando hallar respuestas lógicas a los hechos.

Y, para acabar, un último apunte, tal vez mínimo o tal vez no. En el entierro de Beltrán, en la más estricta intimidad, pude ver que, entre los muchos ramos de flores que sus ex compañeros de la cárcel le habían enviado, podía verse uno, de rosas negras, pequeño, escrito con letras góticas, cuya tarjeta rezaba:

*A quien siempre ha estado a mi lado,  
en los tiempos peores y en los tiempos mejores.*

*M.L.*